

FRAY LUIS DE GRANADA

(Juzgado en Alemania).

El amigo íntimo y sincero admirador de Juan de Avila fue Luis de Granada (1504-1588). Se llamó antes de entrar en la Orden de los Dominicos, Luis Sarria; de familia pobre, perdió a su padre cuando aún era niño, y recibió excelente educación por la generosidad de un noble. Siguiendo los impulsos de una clara e interior vocación, se hizo miembro de la Orden de Santo Domingo, dejando huellas de su actividad en los conventos de Granada, Valladolid, Córdoba, Evora y Lisboa, donde llegó a la dignidad de provincial. Se cuenta que, siendo aún niño, a los diez años de edad, se excusó con palabras muy comedidas al conde de Tendilla, marqués de Mondéjar, alcaide de la Alhambra, capitán general y gobernador del reino y costa de Granada, gran señor y más tarde su mecenas, el cual pasó a caballo quejándose del ruido que hacían él y sus compañeros jugando en la calle. Hablar en público fue durante toda su vida su preferente actividad, a lo que se dedicó con mayor ahínco y extraordinario éxito. En el pueblo perdura hoy su memoria, no tanto por sus escritos sino como predicador, relatándose numerosas anécdotas, muy graciosas por lo general, que caracterizan diversos aspectos de su personalidad. Así, por ejemplo, todas las mujeres saben en Granada que cierto día llegó una ancianita demasiado tarde al sermón, estando la iglesia concurridísima, por hablar fray Luis. En vano pretendió avanzar; de improviso, interrumpió el fraile su plática y dijo en medio de la general atención: «Os ruego, buena gente, hagáis lugar a esta ancianita para que pueda llegar más cerca: es mi madre». En Lisboa fue elegido confesor y consejero espiritual de la infanta doña María, hija del

rey Manuel, y cediendo a un ruego de ésta compuso el *Memorial de la vida cristiana*, cuyo método de distribución nos ofrece un buen ejemplo para ver la superioridad que tenían los libros de meditación de este género en comparación con otros estilos de literatura, cuando se tendía con ellos a penetrar en el pueblo. La Infanta hizo después repartir el libro gratis y en grandes cantidades por todas partes, «con tanto provecho de muchos y con tal aplauso de todos que primero en Portugal y después en toda Castilla se imprimió más de doce veces» (1).

Fray Luis escribió sus obras (cuyo número y difusión expresa muy bien el hecho de que, por ejemplo, en la Biblioteca Nacional de Munich se conserven nada menos que 143 diferentes ediciones y traducciones), en lengua latina la mayor parte, y menos número en castellano y portugués. De las españolas, las más importantes son: la *Guía de pecadores*, que por parecer que tenía algo semejante a la secta de alumbrados fue puesta en el Índice en la primera edición, y sólo en la segunda, ya rehecha, pudo correr libremente entre el público; la *Introducción del símbolo de la fe*, que supera a todas las otras obras en volumen y sabiduría; por fin, el ya mencionado *Memorial de la vida cristiana*, seguido más tarde por las adiciones al Memorial.

La *Guía de pecadores* es una detallada doctrina de las virtudes, y trata, con un método señaladamente tomista, de las doce razones que nos obligan a ejercer la virtud y otras tantas que ofrece la vida justa y virtuosa; la *Guía* proporciona a las personas de buena voluntad medios para defenderse contra los principales pecados o flaquezas humanas y termina con una pequeña, pero muy certera, regla de disciplina de sí mismo. El *Memo-*

(1) Miguel Pacheco: *Vida de la Serenísima Infanta Doña María*. Lisboa, 1675.

rial de la vida cristiana, una especie de manual de vida cristiana, conduce al lector por la vía meditativa, a pensar sobre las penas del infierno y del sacramento de la penitencia, con la teoría y práctica de la oración y del amor divino. La *Introducción al símbolo de la fe* es una enciclopedia de la Religión cristiana vista por un español. Sus principales partes, son: 1) Una meditación sobre la creación (elementos, animales, hombres). 2) Una apología de la fe (ventajas de la religión cristiana). 3) Una explicación del misterio de la Redención (los veinte puntos del árbol de la Cruz, los símbolos del Redentor en el Antiguo Testamento y las doctrinas de los Profetas sobre el mismo). El libro debe su popularidad especialmente a la primera parte, en la que fray Luis expone en forma de fácil entendimiento, ideas acerca del sol, de la luna y las estrellas; del aire, agua y tierra; plantas y árboles, de los animales todos, de la anatomía del cuerpo humano y del alma que lo habita. Especialmente, en los capítulos que tratan de la fauna y de la flora, se distingue el libro de sus coetáneos, de los de Mejía o Torquemada y otros dedicados a la instrucción, por la tendencia fundamental de deducir de todo pruebas para poner en relieve la providencia, la omnipotencia y la hermosura de Dios. Cosa es muy sugestiva de ver, además, que el docto dominico hubo de ser muy amigo de los animales. Sabe infinidad de cosas graciosas y entretenidas de gatos, lobos, perros, cigüeñas y elefantes; del castor y del alción, de la hormiga y de la araña, de la abeja, pavo real... con sus particularidades y mañas; repite antiquísimas anécdotas y fábulas y ha ofrecido muchos motivos, para la coetánea y posterior literatura de *emblemas*. La tercera parte, con la interpretación del misterio de la Redención, pertenece a la importante serie de escritos de vulgarización bíblica, demostrando en todos ellos, por el mero hecho

de su publicación, que la Inquisición estaba conforme con esta tendencia y que, de todos modos, en su conjunto, contribuyeron más al conocimiento de la Biblia que lo pudo hacer el texto vulgar puesto en libre circulación.

Luis de Granada fue uno de los predicadores más grandes de su siglo, como, deliberadamente, lo he acentuado ya al principio de estos párrafos. Ya anciano, supo llenar de suma admiración al rey Felipe II, que le oyó en Lisboa. No hay que olvidar esta característica juzgando a sus obras, pues a pesar de que la *Guía*, el *Símbolo* y el *Memorial* no fueron concebidos como colecciones de sermones, domina en ellos el estilo oratorio, en su construcción clara, en el argumento bien deliberado, en el razonamiento y en el matiz conscientemente retórico del habla. En esto se distinguen esencialmente las obras de fray Luis de aquel otro modo, mucho más contemplativo, de los místicos propiamente dichos. Hay después otra cosa no menos importante: su dependencia de las ideas y métodos del gran escolástico Tomás de Aquino. Las depuradísimas definiciones de los conceptos, la múltiple división y subdivisión con el uso continuo de términos aristotélicos, la cuidada clasificación, enumeración y subnumeración... todo esto, necesario es observarlo bien, proviene del sistema escolástico. El *Símbolo de la fe*, especialmente, tiene en este sentido un ejemplo directo en la *Summa Theologica*, del Doctor Angélico, quien, como perteneciente a la misma Orden, encarnó ya para fray Luis una autoridad especialmente grande. Aun hay una tercera cosa que se ofrece a la consideración, y es que nuestro autor fue un platónico en el sentido del *Symposion*, no sin que ello haya quedado sin influencia en el movimiento místico. La her-

mosura de Dios es para él una de las muchas perfecciones divinas; no es ni como la perfección de un cuerpo, ni como la claridad de una luz, ni como la melodía de un canto, ni como el olor de una flor o compuesto aromático, ni como miel o maná: es una luz por encima de todas, que no ven los ojos; una voz superior a todas las voces, que no oyen los oídos; un olor sobre todos los olores, que no percibe el olfato; una dulzura mayor que todas las dulzuras, que no puede apreciar el gusto. La divina hermosura del alma consiste en el estado de gracia, es decir, en su participación en la naturaleza humana. Semeja entonces al hierro que arde en el fuego, que a pesar de seguir siendo hierro, recibe en sí el ardor y la luz del fuego. La hermosura de la creación es para él nada más que un reflejo de la hermosura de Dios. Para demostrar esto, se esfuerza en el *Simbolo de la fe* por introducir, en una armonía por voluntad de Dios, las maravillas y hermosuras de la naturaleza; ver en toda la creación como una sinfonía espiritual semejante a la que se manifiesta, según leyes determinadas, en la concordancia artística de diferentes voces en la música humana. En el *Memorial de la vida cristiana* ha dado, bajo la rígida disciplina de las deducciones platónicas, un sentido completamente cristiano a las ideas del *Symposion* de Platón; él mismo concluye por asombrarse de los puntos de contacto entre ideas que unen tiempos tan lejanos y tan diferentes, y se pregunta: ¿«*Qué cristiano habrá que no se espante de ver en estas palabras de gentiles resumida la principal parte de la filosofía cristiana?*» Es místico sobre todo en su teoría de la oración, que se puede resumir, en breves palabras, así: La oración es el fundamento de toda purificación interior, de toda limpieza de pecados; la unión mística con Dios no es un mérito ni una perfección que se puede aprender, sino al contrario, es una gracia de Dios, un premio de

la virtud, de modo que la oración es el único camino para el más alto grado de la unión entre Dios y el hombre. La quinta esencia de su teoría se incluye en el árbol simbólico del amor místico, cuya raíz es el conocimiento de sí mismo por medio de la inteligencia (*purgatio*), cuyo tronco y ramas son la purificación de la voluntad y de los ejercicios de virtud (*illuminatio*), dando por fruto la unión del alma con Dios (*unio*). ¿Por qué, sin embargo, cuento yo al que pensó y desarrolló así este pensamiento entre los ascéticos de tendencia mística y no entre los místicos propiamente dichos? Porque me parece que nuestro autor fue solamente místico especulativo, pero no místico empírico. En primer lugar no se encuentran en sus obras huellas de vida mística, y además esta falta me parece que se comprueba y confirma en la última frase, plena de resignación, del breve siguiente párrafo del Libro I de la *Guía de pecadores*, y que merece leerse por contener una magnífica definición de la palabra mística: *El ánima inflamada de la llama celestial de la gracia divina se levanta sobre sí misma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo, hierve con deseo encendidísimo de Dios, y así corre con arrebatados ímpetus por abrazarse con El, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar Aquel que tanto ama—y como no puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallece con la grandeza del deseo no cumplido, no le queda otro consuelo sino enviar suspiros y deseos entrañables al cielo.*

L. PFANDL

(De *Investigación y Progreso*)